

No la imagen sola, a solas; no un mero objeto para los ojos, sino lo que en la imagen hay de ánimo, de movimiento, de vida inagotable; no la visión simple, sí la contemplación. La fotografía es un arte así, y es un artista el fotógrafo, probablemente el más actual de todos los artistas.

La fotografía es el espíritu de la imagen. También es el espejo de lo invisible que cubre y da sentido a lo visible.

Cuando la fotografía es de veras —liberada de la inmovilidad de la memoria, de la diversión y del comercio—, nos enseña no cómo es el mundo, sino qué es el mundo, qué del continuo paso del mundo permanece. Literatura en entraña, en su mejor acepción. Lo sustantivo.

El artista fotógrafo como que sorprende y atrapa la vida en sus momentos originales, de donde siempre se alza un íntimo temblor, el vaho del pan recién salido del horno.

El íntimo temblor de un rostro, el de una calle al amanecer, el de la crin de un caballo.

El vaho caliente de la reja y el árbol, del árbol y del llano terso —primeros de la creación—; el de la barba anciana, el de la sangre en la pelea, el de la sonrisa, madre de todas las sonrisas.

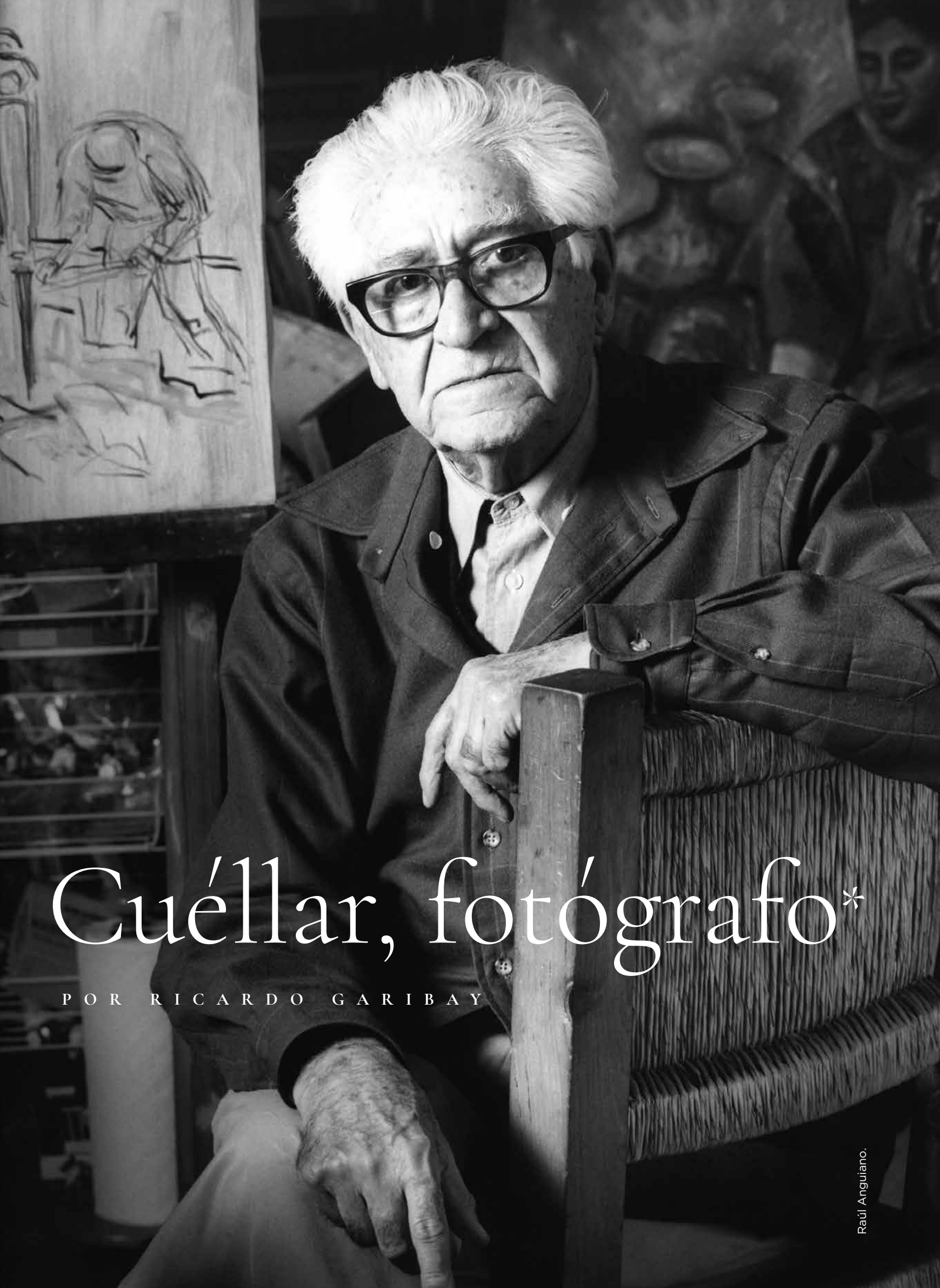
La contemplación que impone la fotografía obra de arte hace más espiga la espiga en la lente del artista. Discurso. Comunión.

Yo soy lo que soy, lo que se quiera, pero soy también espiga, fronda, escalera de cemento antiguo, árbol y reja, estrella en el reflejo del agua.

Todo eso presenta y explica a Rogelio Cuéllar, notable ya y adolescente todavía, si acaso entrando apenas en la primera juventud, nacido en la Ciudad de México hace veinte años, estudiante de periodismo. ●

Rogelio

* Catálogo de la exposición *Reflexiones / Fotografías de Rogelio Cuéllar* en la Galería José Clemente Orozco (México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980).



Cuéllar, fotógrafo*

POR RICARDO GARIBAY